

## **El evangelio de Pablo.**

William R. Newell.

William R. Newell (1868-1956), pastor, asociado durante mucho tiempo al Moody Bible Institute, autor de comentarios bíblicos, maestro bíblico, conferencista y compositor del texto del apreciado himno At Calvary (“Años mi alma en vanidad vivió”).

Hay dos grandes reveladores o descubridores de la Verdad Divina en la Biblia: Moisés en el Antiguo Testamento y Pablo en el Nuevo Testamento.

Alguien podría decir: “¿No es Cristo el Gran Maestro?” En un sentido esto es verdadero; pero en el sentido real Cristo es la Persona acerca de la que se enseña; o mejor, es la enseñanza de los evangelios. La ley y los profetas señalaban hacia Cristo; las epístolas señalan de nuevo hacia Él y el libro de Apocalipsis apunta hacia Su segunda venida y las cosas relacionadas con Él. Los cuatro evangelios narran la historia de cómo Él fue revelado a los hombres y rechazado por ellos\*. Cristo, en Sí mismo, por lo tanto es el tema de la Biblia. Moisés en la ley revela la santidad de Dios y así mediante la ley revela el pecado humano y la absoluta desesperanza e impotencia del hombre. Pablo en sus grandes epístolas revela a Cristo como nuestra justicia, santificación, redención y el todo en todo.

Los doce apóstoles (Matías mediante señalamiento divino ocupó el lugar de Judas) iban a ser los “testigos” (Hch. 1:22) de la resurrección de Cristo, es decir, del hecho de la misma. Ellos no desplegaron la doctrina completa de ella como lo hizo Pablo. Los doce estuvieron con Jesús personalmente y le conocieron como un hombre y cuando Él murió lo vieron. Cuando fue enterrado, ellos lo supieron como testigos presenciales y cuando resucitó, ellos experimentalmente lo comprobaron, visitaron la tumba y vieron que estaba vacía. Ellos también vieron y palparon de manera física, el cuerpo resucitado de nuestro Señor. Fue con ellos que el Señor permaneció en la tierra durante cuarenta días después de Su resurrección, “se (les) presentó vivo (físicamente, en un cuerpo) con muchas pruebas indubitables” (Hch. 1:3)

Este gran hecho –esto es, que la Persona a quien los judíos mismos conocían bien, a quien habían crucificado y enterrado, fue levantado de entre los muertos y ascendido al cielo- de este hecho tremendo, los doce apóstoles testificaron desde Israel a Jerusalén y a todas partes. Así nosotros encontramos los primeros capítulos del libro de los Hechos llenos con el testimonio singular de que Jesús de Nazaret se había levantado de los muertos y que la remisión de los pecados se efectuaba a través de Él.

Pero a ninguno de estos doce apóstoles reveló Dios el gran cuerpo doctrinal para esta edad. Así como Dios escogió a Moisés para ser el revelador para Israel de los Diez Mandamientos y todo lo que está relacionado con la dispensación de la ley, de igual manera escogió a Saulo de Tarso para ser el revelador y el desarrollador de aquellas poderosas verdades conectadas con la muerte de nuestro Señor, Su sepultura y resurrección y Su persona ascendida, y de todos los “misterios” o “secretos” revelados para el pueblo de Dios en esta dispensación por el Espíritu Santo. Por último, Pablo es el revelador de la gran compañía de los elegidos por Dios, llamados

la iglesia, el cuerpo de Cristo, cuyos individuos se denominan los miembros del cuerpo de Cristo, miembros de Cristo mismo.

Ningún otro apóstol habla de estas cosas. Pedro mismo tuvo que aprender de ellas de Pablo (2 P. 3:15, 16). Cuando Pablo terminó sus trece grandes epístolas (desde Romanos a Filemón), aquellas que pertenecen a la iglesia, Dios de hecho le permite dar un mensaje entonces a los hebreos. Este no es parte de la doctrina de la iglesia, sino que es simplemente una explicación a los cristianos hebreos del carácter, la aplicación real, el significado típico, de su sistema levítico, es decir, la forma en que éste señalaba a Cristo.

Santiago dirige su epístola a “las doce tribus”, es decir, su epístola tiene una especial referencia a los cristianos judíos en los primeros días y a lo largo de toda la dispensación. Pedro escribe a “los expatriados de la dispersión”, esto es, a los judíos dispersos que reconocían a Jesús como el Mesías.

En el segundo capítulo a los Gálatas se nos dice claramente por Pablo que Santiago, Cefas y Juan fueron a la circuncisión, mientras que él nos dice que su mensaje era a los gentiles. Desde entonces el testimonio de los apóstoles judíos fue dado debidamente a los judíos, ahora no hay distinción entre judíos y gentiles, y el mensaje de Pablo es válido para el mundo, tanto judíos como gentiles. De modo que nos encontramos con Pablo finalmente poniendo a la nación judía a un lado en el último capítulo del libro de los Hechos y abriendo su gran epístola al centro del mundo gentil con la afirmación de que “no hay diferencia” entre los hombres, pues “todos han pecado” y de nuevo “no hay diferencia” porque “el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan” (Ro. 3:22,23; 10:12).

Dios hace lo que le place, y le plugo escoger, primero salvar a la gente en esta dispensación a través “de la locura de la predicación” (la “cosa predicada”), esto es, a través del mensaje acerca de la cruz y lo que Él hizo allí (1 Cor. 1:21), y en segundo lugar, le plugo escoger a Pablo para ser el gran proclamador y revelador de lo que es el evangelio para esta dispensación.

Tú podría juzgar la predicación de cualquier hombre o su enseñanza mediante esta regla: ¿Es ella paulina? ¿Su doctrina comienza y termina de acuerdo a las declaraciones de la doctrina cristiana pronunciadas por el apóstol Pablo?

No importa cuán maravilloso un hombre pueda parecer en sus dones y su consagración aparente, si su evangelio no es paulino, este no es el evangelio, y nosotros podríamos captar esto en nuestras mentes de una vez y por todas. Pablo pronuncia el anatema, esto es, la maldición de Dios, sobre todo aquel que predica otro evangelio que el que él ha anunciado (Gal. 1:8,9).

Ni por un momento nosotros creemos que Santiago, Pedro y Juan estaban en desacuerdo con Pablo, no en lo más mínimo. Se les dio ciertas cosas por el Espíritu para decir a ciertas clases de personas. Ellos no están en conflicto con Pablo y sus palabras están incluidas dentro de la afirmación de que “toda la Escritura es inspirada por Dios y útil” (2 Tim. 3:16).

Pero, sin embargo, Pablo es el declarador y revelador del evangelio para nosotros. Quite de la Biblia desde Romanos hasta Filemón y estarás desprovisto de la doctrina cristiana. Por ejemplo, si quitas las epístolas de Pablo de la Biblia, no hallarás nada acerca de la iglesia, el cuerpo de Cristo, ya que ningún otro apóstol menciona el cuerpo de Cristo. Tú no puedes hallar uno de los grandes misterios, como es el rapto de la iglesia (1 Tes. 4; 1 Cor. 15), ni tampoco el misterio del presente endurecimiento de Israel (Ro. 11). Ningún otro apóstol habla de ninguno de estos misterios. Pablo sólo es quien revela las grandes doctrinas tales como: la justificación, la redención, la santificación, y lo que es tal vez el hecho más grandioso de toda vida cristiana real, esto es, la unión personal con el Señor en gloria. Pablo es el gran abridor divinamente escogido para nosotros de la verdad para este tiempo.

#### **Las grandes doctrinas que Pablo revela pueden resumirse como sigue:**

1. La injusticia delante de Dios de todos los hombres
2. La imposibilidad de la justificación por obras delante de Dios, esto es, que ningún hombre puede alcanzar una posición de justicia delante de Dios por obras realizadas por él. Haciendo lo que el hombre pueda hacer, él permanecerá aún siendo un pecador condenado.
3. El hecho y lo escrituralmente establecido de que la justicia es un don gratuito, esto es, de la justicia divina, separada de todas las obras de los hombres y conferida como un don gratuito de Dios.
4. La propiciación, que es la satisfacción de la Santa Naturaleza y de la ley de Dios por los pecados del hombre hecha por la sangre de Cristo.
5. Reconciliación, que es la remoción por la muerte de Cristo por el hombre, del obstáculo a la justicia que el pecado del hombre había colocado entre Dios y él.
6. El plan de la concesión real del don de la justicia a todo aquel que cree, sin distinción. Este cambio de la posición del pecador delante de Dios, de una de condenación a una de justicia, es lo que se llama justificación. De manera negativa, es la liberación a causa de la sangre de Cristo derramada y la liberación de la vieja creación mediante la identificación con Cristo en Su muerte en la cruz. Positivamente, es una nueva posición con Cristo resucitado delante de Dios.
7. La redención, es la recompra del alma mediante la sangre de Cristo del pecado; de la maldición de la ley, incluso de la muerte, que es la exclusión de Dios bajo penalidad; del “imperio de la muerte”, que implica el poder del enemigo y de toda iniquidad.

8. El perdón, que es ir delante de la ternura divina en la remisión de la penalidad del pecado, en vista de la confianza en la sangre de Cristo y en la complacencia y comunión con las criaturas que antes estaban necesariamente bajo el juicio divino.
9. Remisión de los pecados, es decir, que la remoción efectiva de las transgresiones u ofensas de los pecadores, para que por todo el tiempo y por la eternidad sus pecados no estarán de nuevo sobre él.
10. Identificación (ver arriba justificación). El gran hecho de que aquellos que están en Cristo estaban unidos con Él en la cruz mediante un acto de la inescrutable soberanía de Dios y estaban crucificados con Cristo y sepultados con Él, para que así su historia esté ahora terminada delante de Dios, y cuando Cristo resucitó como el Primogénito de la nueva creación, ellos también resucitaron con Él y su historia comenzó como nuevas criaturas ante los ojos de Dios en Cristo, el postrer Adán.

Por supuesto, en la experiencia del cristiano llega un momento en el cual él realmente se hace participante de esta nueva vida, ese punto en el tiempo cuando es, como decimos, salvado o convertido o nacido de nuevo, etc. Sin embargo, la vida que está en cada cristiano salió de la tumba y está en Cristo ese es un hombre creado de nuevo.

11. Incorporación. Esta tremenda doctrina que sólo Pablo menciona, se constituye prácticamente en el fundamento de todas sus exhortaciones a los santos con respecto a su conducta y vida. Por “incorporación” queremos dejar dicho el hecho que todos aquellos que son realmente salvos y son nuevas criaturas en Cristo Jesús llegan a ser miembros de un organismo (llamado “el cuerpo de Cristo”), que es más real que la misma tierra que pisamos –Cristo mismo en el cielo siendo la Cabeza de este cuerpo y todos los cristianos verdaderos miembros de él-. Así que los creyentes son de este modo miembros de Cristo en el cielo y también miembros los unos de los otros aquí en la tierra. No es de extrañar que Pablo pueda exhortar a los santos a que se amen los unos a los otros ya que son miembros los unos de los otros (Ro. 12; 1 Cor. 12; Ef. 4).
12. Habitación. El maravilloso hecho de que el cuerpo de Cristo y cada miembro de él de forma individual son habitados por el Espíritu Santo y, no sólo esto, sino que la iglesia está siendo “edificada junta” como un gran templo de Dios de tal forma que en el futuro del eterno presente de Dios, esta morada eterna será la maravillosa compañía misteriosa que constituirá un edificio llamado “una habitación santa de Dios en el Espíritu”.

Este misterio es grande y maravilloso. El hecho de que somos salvos, somos participantes ahora de la vida del Señor en gloria, y de que el Espíritu mora en nosotros.

13. Exhibición divina. Esto es, que a través de la iglesia en los siglos venideros se mostrará lo que Dios considera Sus “riquezas”, incluida Su gracia (Ef. 2:7; 3:10).

El fracaso o la negativa de discernir el evangelio paulino como una revelación separada y nueva, no un “desarrollo del judaísmo”, representa las dos terceras partes de la confusión en la mente de muchas personas hoy día en cuanto a lo que el evangelio es. El evangelio de Pablo no permitirá que se mezclen las obras por un lado o las pretensiones y actuaciones religiosas por el otro. Éste es tan simple y claro como la luz del sol que viene desde cielo. El fin del hombre es donde Dios comienza en Romanos 3, que podría llamarse la apertura de la revelación paulina. La mayoría de las personas no salvas hoy creen en sus corazones que ellos no son salvos debido a algo que ellos todavía no han hecho, algún paso que le queda por dar delante de Dios para que Él les acepte. Pero esto es absolutamente falso. Cuando Cristo dijo: “Consumado es” (Juan 19:30), Él quiso decir que había, entonces y allí, pagado la deuda por toda la raza humana. “Él se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Tim. 2:6).

Ahora Pablo con su maravillosa revelación declara que Dios había reconciliado al mundo consigo mismo (2 Cor. 5:19). Los hombres no saben esto, pero conciben que algo se interpone entre ellos y Dios y que debe ser quitado para que Dios les acepte y les perdone. Si usted le dice a un hombre que Dios no le demanda buenas obras del tipo que sea, ni celebraciones religiosas u ordenanzas eclesiásticas, que Dios no le está pidiendo llevar a cabo ningún deber, sino que Dios espera que él crea estas buenas nuevas que sus pecados ya fueron tratado en la cruz y que Él espera que crea estas buenas nuevas y que esté sumamente feliz por esto. Si usted le dice a un hombre no salvo una historia como esta, él quedará sorprendido y anonadado, sin embargo, ¡éste es el evangelio!

Ojalá nosotros tengamos la gracia suficiente para defender vigorosamente su gran mensaje hoy, tanto de sus enemigos como de sus verdaderos amigos quienes no ven con claridad todavía, o quienes, como Pedro (Gál. 2), por temor a los otros, están dispuesto a comprometer y a atenuar el evangelio de Dios.

\*Cristo cuando estaba en la tierra, no “inició” nada. Él dijo en Mateo 16:18: “Yo edificaré mi iglesia”, pero Él no la había aún construido. Él era un “ministro de la circuncisión” (Ro. 15:8; Mat. 15:24); y aunque enseñó, fue para dar a conocer a los hombres su impotencia y llevarlos a confiar en Él. Por último, todos fallaron en Getsemaní. Entonces vino la cruz y el fin de todas las cosas humanas. Luego la resurrección y un nuevo comienzo.

